
PARTE TERCERA.

MEDICACIONES Ó MÉTODOS CURATIVOS.

LECCION XL.

Definicion y divisiones de los métodos curativos. Métodos generales expectante, activo, natural, perturbador, racional, empírico, directo, indirecto, sintético, analítico, etiológico y sintomático.

Entendiéndose por método, en general, la manera de decir ó de hacer alguna cosa con cierto orden y segun ciertos principios; diremos que se llama *medicacion ó método curativo* « la curacion metódica ú ordenada de las enfermedades; » ó lo que es lo mismo, « el plan ordenado y bien dirigido de todos los medios terapéuticos que pueden emplearse en el tratamiento de las enfermedades. » La palabra *método* deriva de la griega, compuesta de *meta* que significa por, y *hodos*, via ó camino. Téngase siempre presente, segun advertimos ya en la definicion de la terapéutica, que si bien suelen usarse cómo sinónimas las palabras *curacion* y *tratamiento*, no lo son, sin embargo, en realidad; pues los enfermos que tratamos, no todos se curan, sinó que se mueren en mayor ó menor número; por lo tanto, tratamos á todos

ellos y curamos tan solo á algunos, y de aquí que una cosa sea *tratamiento*, y otra *curacion*. A pesar de eso, no se extrañe que usemos indistintamente estas dos palabras, para acomodarnos al uso admitido en general.

Los tratamientos se dividen por su objeto, segun hemos manifestado en la doctrina de las indicaciones, en *preservativos*, *paliativos*, *curativos*, *consecutivos* y *confirmatorios*; ó sea en unos que se proponen evitar las enfermedades, otros paliarlas, otros curarlas de raiz, otros quitar algunos restos que quedan, y los últimos, por fin, asegurar ó confirmar la curacion obtenida. Por la generalidad de su aplicacion, los hay que se llaman *generales* ó *universales*: segun el número y cualidad de los agentes que se emplean, se admiten las medicaciones *terapéuticas* y las *compuestas*; y finalmente, segun las diversas explicaciones filosóficas que se han dado para hacer comprender el modo de obrar de los recursos terapéuticos, se han establecido sucesivamente diversos *sistemas médicos*. Esto forma, por decirlo así, el programa de lo que debe ocuparnos en esta tercera y última parte de la obra. En su consecuencia, la dividiremos, á imitacion de los doctores Oms y Ferreras, en los cuatro puntos siguientes: 1.º *métodos curativos generales ó universales*; 2.º *medicaciones terapéuticas*; 3.º *medicaciones compuestas*; 4.º *sistemas médicos*. Nada diremos de la division de los tratamientos, segun su objeto, por quedar explicados detalladamente en la doctrina de las indicaciones.

Métodos curativos generales ó universales.

Se llaman así aquellos que pueden aplicarse á un número muy considerable de enfermedades, y se dividen en *expectante y activo*; *natural y perturbador*; *racional y empírico*; *directo é indirecto*; *sintético y analítico*; *etiológico y sintomático*.

Método expectante. Es un punto de mucho interés fijar de una manera clara y terminante, lo que debe entenderse por *expectacion*, ó lo que se llama *método* ó *medicina expectante*; pues el no haberle señalado límites fijos, ha dado márgen á cuestiones interminables, admitiendo unos y rechazando otros dicho método. En prueba de ello, en los momentos que escribimos estas líneas, tenemos á la vista el

número de *El Pabellon médico* del 31 de julio de 1861, cuyo artículo de fondo, que lleva el lema de «Método expectante» principia así: «Es para nosotros un contrasentido, suponer que la terapéutica tenga un método, que pueda llamarse expectante. La verdadera expectacion no existe, y en caso de existir, no mereceria aquel nombre, sinó el de inaccion, y mal podria figurar entonces cómo base de un método, cuando éste supone una coleccion de reglas.»

«Se ha creido, sin embargo, que la expectacion era lo mismo que inaccion, y así se ha dado al poder de lo que se llama naturaleza por algunos, fuerza medicatriz por otros, colosales proporciones....» La simple lectura de las líneas que acabamos de transcribir, nos dá una irrecusable prueba de lo que hemos dicho acerca de las ideas vagas que se han tenido sobre la significacion de las palabras *medicina expectante*; pues para el autor de dicho artículo parecen ser sinónimas las palabras *expectacion* é *inaccion*, rechazando, por lo tanto, aquella.

En oposicion nosotros á las ideas vertidas en el mencionado artículo, probaremos que la *inaccion* es muy distinta de la *expectacion*, y que ésta constituye realmente un *método curativo general*, método curativo precisamente el mas admitido, proclamado y seguido constantemente por los profesores antiguos y modernos, que han sido reputados cómo los mejores prácticos; pero sin abusar de él, cual debe suponerse. Baste decir que la *expectacion circunscrita á ciertos límites, esto es, á los límites que aconsejan la razon, la prudencia y la verdadera observacion*, es la mas genuina representacion de la medicina hipocrática.

Bastará para eso definir ambas palabras, y compararlas luego entre sí. *Inaccion es*, segun el buen sentido, y el diccionario de la lengua, *la falta de accion. Expectacion es aquel método que consiste en observar la marcha de las enfermedades, en dejar obrar la naturaleza, y en no dar medicamentos activos sinó cuando sobrevienen síntomas molestos en cierto grado, peligrosos ó graves.*

Ahora bien, si bien hay de comun entre la *inaccion* y la *expectacion* la circunstancia de *dejar obrar la naturaleza*; se diferencian, sin embargo, en que aquella no exige que *se observe la marcha de las enfermedades*, pues á nada conduciría y seria tiempo perdido, su-

puesto que *nada debe hacerse*; al paso que la *expectacion bien entendida debe necesariamente observar la referida marcha para emplear medios suaves, cuando las circunstancias no exigen otra cosa, y para emplear los activos cuando el caso es apremiante, abandonando ya el campo de la expectacion*. Por lo tanto, ésta siempre hace algo, aunque no sea mas que emplear los medios higiénicos ó algunos farmacéuticos ligeros, excepto los casos en que ni el enfermo hace absolutamente nada, ni siquiera consulta al médico.

En la *inaccion* no hay idea, no hay aspiracion alguna: representa el vacío y la negacion: el enfermo queda abandonado á su suerte, y si la naturaleza, si la fuerza medicatriz, no anonada al principio morbífico, si no lo neutraliza, no lo expelle ó no lo destruye, aquel sucumbe irremisiblemente.

La *expectacion*, por el contrario, lleva una idea, tiene una aspiracion, en una palabra, es filosófica, pues se propone secundar los esfuerzos de la naturaleza que tiende á la curacion, cuando se basta á sí misma para lograr dicho objeto. Si se convence, empero, de que aquella es insuficiente para luchar con ventaja contra el mal, ya por su falta de recursos, ya por la superabundancia de los mismos, por un exceso de reaccion que compromete la integridad de algun órgano interesante á la vida, ó ya por emplear desordenadamente dichos recursos; entonces la *expectacion* se convierte en actividad que domina frecuentemente la situacion, removiendo los obstáculos y tropiezos que impedían á la naturaleza obtener la salvacion del enfermo. La *inaccion*, por fin, que es incapaz de raciocinar, es incapaz tambien de valerse con oportunidad de los medios dietéticos, y sobre todo de verificar la evolucion hácia un plan activo, que verifica la expectacion, cuando se convence de su impotencia. La *inaccion*, pues, no debe figurar en medicina, al paso que la *expectacion prudente* es su mas bello florón. La *expectacion filosófica* no ha sacrificado jamás víctima alguna; al paso que la *inaccion* ha abierto y abre la tumba á muchos escépticos en medicina (pocos por fortuna) que fiados quizás en su robustez y llevados por sus excéntricas ideas se burlan de la medicina y de los médicos, y á su vez la Parca se burla de ellos. Todo hombre sensato ha de tener presente que las enfermedades se parecen á menudo á los incendios, los cuales al principio pueden sofocarse con facilidad; pero si

se les abandona, no se les puede dominar ya, consumiendo todo lo que encuentran al paso.

El P. Debreyne al ocuparse del tratamiento de las enfermedades crónicas en su excelente tratado de «Terapéutica aplicada» dice, que el estudio de dichas enfermedades, llamando tales *á todas aquellas que permiten á los enfermos transportarse ó hacerse transportar de un lugar á otro para poder recibir los socorros de la medicina*, que el estudio de dichas enfermedades, repetimos, inspira un interés particular, porque en ellas á lo menos se descubre mas plenamente el poder del arte, y son mas fácil y justamente apreciados la mision y el ministerio de la medicina que en el tratamiento de las enfermedades agudas. Aduce en apoyo de su aserto las palabras de un gran médico que vivió en el siglo 2.^o de nuestra era, Celio Aureliano, quien hablando de las enfermedades crónicas dice así: «Las enfermedades agudas se curan muy á menudo por sí mismas, ya sea por un esfuerzo de la naturaleza, ya por mero efecto de la casualidad. Las enfermedades crónicas, al contrario, no se curan ordinariamente ni por casualidad, ni por favor de la naturaleza, reclaman formalmente la intervencion de un médico hábil, y le proporcionan, si el éxito es feliz, una parte de gloria mas grande y mas asegurada.» Dice en seguida el antes citado P. Debreyne: «¿Se podrá apreciar tambien el poder de la medicina en el tratamiento de las enfermedades agudas, cómo por ejemplo, en las calenturas llamadas tifoideas, si consideramos que esta clase de fiebres se trata en el dia por tan y tan diferentes métodos, por no decir opuestos? Los unos las combaten por medio de sangrías, otros por los tónicos, otros por los purgantes, etc., y todos presentan igualmente un número considerable de curaciones. Si estos métodos son contrarios, debe seguirse de ello que, en el caso de ser el uno útil, el opuesto sea forzosamente dañoso. Falta, pues, saber cuál es el tratamiento verdaderamente útil, y hé aquí precisamente la incógnita del problema que está aun por resolver.» De lo dicho parece poder deducirse, que este práctico cree que por punto general debe usarse mas á menudo la medicina expectante en las enfermedades agudas, porque éstas, segun dice Celio Aureliano, se curan muy á menudo por sí mismas, sucediendo lo contrario en las crónicas, lo que equivale á decir que debemos ser mas activos en el tratamiento de estas últimas.

Punto es éste que merece discutirse ya por su importancia clínica, ya por el gran peso de las autoridades de Celio Aureliano y del P. Debreyne.

Éste, en apoyo de su opinion, aduce el ejemplo de la calentura tifoidea, cuyo tratamiento es del todo inseguro, no teniendo, por lo tanto, nada de fijo ni determinado, curándose y pereciendo los atacados de la misma, con el uso de los purgantes, tónicos, estimulantes, anti-flogísticos, anti-pútridos, con la hidrotherapia, con la expectacion etc. Esto es por desgracia una verdad, que comprobamos todos los dias á la cabecera del enfermo, y que constituye, si se me permite la frase, el gran caballo de batalla de la medicina práctica. Preciso es, sin embargo, confesar que el ilustre Religioso de la Gran Trapa, ha escogido cómo ejemplo comprobante de sus ideas, el de la calentura tifoidea, que si bien es la enfermedad aguda, tipo de inseguridad en el plan curativo; no representa, por fortuna, dicho tipo bajo el punto de vista de la frecuencia, es decir, no representa las enfermedades agudas en número, que tienen un tratamiento inseguro y poco eficaz. En efecto, basta recordar que todos los dias combatimos feliz y ventajosamente con los remedios *activos* relativamente apropiados, la calentura inflamatoria, la gástrica con todas sus variedades, las intermitentes, las eruptivas con complicaciones mas ó menos graves, las congestiones sanguíneas activas, las inflamaciones agudas, las hemorragias especialmente esenciales, diversas neuroses agudas, el reumatismo agudo tambien y otras mil y mil enfermedades del mismo curso, que seria pesado nombrar. Confesamos de buen grado (porque así nos lo manifiesta con alguna frecuencia la práctica), que esas diversas enfermedades *agudas* poco graduadas, se curan con la expectacion, y secundando simplemente los esfuerzos de la naturaleza; pero de ningun modo nos atreveríamos á permanecer expectantes, si tomasen un vuelo mas ó menos considerable, pues en este último caso nos expondríamos á menudo á ser tristes expectadores de una muerte que con la lanceta, el tártaro emético, ó la quina etc., hubiéramos podido evitar.

Observamos, por el contrario, muchas enfermedades crónicas, que se curan sin emplear medicacion alguna activa, y solamente con el uso de una buena higiene, ya cambiando de localidad ó de clima, ya usando éstos ó los otros vestidos, éstos ó los otros alimentos y bebidas,

ya por el cambio de estado civil, ó de la profesion ú ocupaciones, ó por los simples progresos de la edad etc. Podríamos citar cómo ejemplos de estos casos, diversas afecciones crónicas de pecho, gran disposicion á acatarrarse y catarrales confirmadas, dispepsias, gastrálgias, diarreas, reumatismos crónicos, hemoptisis y otras hemorragias esenciales, dismenorreas y amenorreas, etc. Hed ahí porque no nos mostraríamos intolerantes ni intransigentes, en el tratamiento de muchas enfermedades crónicas, con los homeópatas que *usan realmente medicamentos homeopáticos*, es decir *divididos y dinamizados segun el principio fundamental de Hahnemann*, con tal que por otra parte observasen los enfermos un buen régimen higiénico, régimen que tan maravillosamente explota la homeopatía. A pesar de todo lo que acabamos de decir, debe confesarse, que si se pone en parangon los felices resultados obtenidos por una medicina activa en un caso de pulmonía, de poca y hasta de mediana intensidad, y en otro de epilepsia ó por lo menos de ataques epileptiformes mas ó menos antiguos, debe confesarse, repetimos, que tiene la medicina activa mas influencia real en el caso de la epilepsia ó ataque epileptiforme, que en el de la pulmonía; suponiendo que la curacion de aquella terrible neurose no ha coincidido con una época verdaderamente crítica para la infancia, cual es el paso á la pubertad, por ser ésta la circunstancia mas favorable para la curacion, segun se observa algunas veces en la práctica, y lo confirman los dos aforismos del Padre de la medicina que ponemos á continuacion: «*Epilepticis pueris, mutationes, maximè ætatis, et regionum, et vitæ, liberationem faciunt.*» «Los niños que padecen epilepsia, se curan principalmente con el cambio de edad, clima y método de vida.» «*Quibus epilepsie ante pubertatem contingunt, mutationem habent. Quibus verò accidunt viginti quinque annos natis, hi plerumquè commoriuntur.*» «La epilepsia que ocurre antes de la pubertad, es susceptible de curacion; pero la que se manifiesta despues de los veinticinco años, dura por lo comun hasta la muerte.»

Lo dicho nos manifiesta, que en tres casos distintos puede comprenderse la medicina expectante: 1.º cuando no se emplea absolutamente medio alguno terapéutico: 2.º cuando se echa mano de los dietéticos tan solo: 3.º cuando á éstos se añade la accion de alguno farmacéutico muy suave: y no se diga que no observemos estos tres casos muy á

menudo, pues lo vamos á probar con un ejemplo sencillísimo y conocido de todo el mundo. Supongamos que se trata de un resfriado ligero: una persona robusta y nada aprensiva confia su curacion á la naturaleza, de una manera tan absoluta, que no altera en lo mas mínimo el género de vida que observa cuando disfruta de la mas cabal salud: otro emplea ya algunos medios dietéticos, que consisten en tomar un pediluvio sinapizado, acostarse temprano, beber alguna cantidad de agua azucarada caliente para promover el sudor, poner algun mayor abrigo en la cama, levantarse y salir tarde á la calle, y á las horas en que hace menos frio etc., y un tercero añade á esos medios la ingestion de un ligero sudorífico, por ejemplo, la flor de malva, el té, ó las flores cordiales. Confesamos que en el primer caso del ejemplo, en rigor no hay método expectante, porque donde no se emplea la medicina, ni se consulta siquiera al médico, no puede, en efecto, haber método alguno curativo; pero cómo la expectacion se ha dicho ser un método que consiste en observar la marcha de las enfermedades, en dejar obrar la naturaleza, y en no dar medicamentos activos, sinó en los casos que sobrevengan síntomas graves; dedúcese de aquí que en los dos últimos extremos de aquel ejemplo existe un método que podrá llamarse negativo, porque recomienda la inaccion y condena la actividad, no tomando la palabra *inaccion* en un sentido absoluto, pues usando un solo medio dietético, desaparece ya ésta: mas diremos, puede todavía apurarse la cuestion contestando á los que niegan este método, apoyados en que donde no hay medicina no puede haber reglas, y por consiguiente ni método; que la misma circunstancia de existir reglas para distinguir los casos en que hemos de obrar, de aquellos en que debemos estar pasivos, dá lugar á un método, porque existen reglas, aunque dicho método sea negativo. Insistimos en este punto, para que no se le quite á la naturaleza el mas pequeño de los derechos que ostenta, sin que pretendamos, por otra parte, defender su *autocracia* de una manera absoluta. Oigamos lo que á propósito de este punto dice Gerdy: «La mayor parte de los medicamentos son agentes positivos de medicacion. Hay un método de medicacion enteramente diverso, el cual se funda en la dietética, en el régimen; en una palabra, consiste en esperar los efectos de la tendencia natural del organismo para restablecer la salud. Esta tendencia existe manifiestamente en la mayor

parte de las enfermedades ; pero aun es mas palpable en las personas que se curan á pesar de las imprudencias mas peligrosas, de excesos de todo género ó de tratamientos contrarios á la curacion. A esta tendencia natural del organismo hácia la curacion , es á lo que la homeopatía debe sus resultados, y muchas de las curaciones en apariencia maravillosas. » Admitimos, pues, el método expectante en el sentido que hemos indicado, que es cómo lo estableció Hipócrates, de cuya doctrina es uno de los principales dogmas, y á su ejemplo todos los buenos prácticos que le han sucedido hasta el dia, y en su consecuencia pasaremos ya á manifestar los casos en que debe emplearse el referido método. En la exposicion de éstos adoptaremos el número y hasta el orden que establece en su terapéutica el Dr. Cil, y á su imitacion los otras veces citados doctores Oms y Ferreras, por parecernos muy oportunos ; añadiremos, empero, á cada uno de ellos, los correspondientes comentarios por medio de ejemplos.

Está indicado el método expectante en los casos siguientes: 1.º Cuando el mal marcha por sí mismo y con regularidad á la curacion. Sirva de ejemplo el resfriado ligero que hemos citado para probar la existencia de la medicina expectante, pues todos los dias observamos casos de curaciones espontáneas de esta enfermedad, y en los cuales un método activo, cómo el uso de la sangría, entorpeceria la marcha saludable de la misma, y por lo tanto, perjudicaria al enfermo. 2.º Cuando el mal no se ha manifestado todavía lo bastante para tomar bien la indicacion esencial ó sintomática, y no hay, por otra parte, peligro en contemporarizar con él: supongamos el caso de una calentura esencial, en el dia de su aparicion, y que se manifiesta tan solo por medio de síntomas equívocos ó generales, cuales son cefalalgia, inapetencia, sed, sensacion de malestar. quebrantamiento de huesos, frecuencia de pulso, aumento de calor en la piel, y otros análogos ; en estas circunstancias y con datos tan escasos é inciertos, no es posible establecer el diagnóstico de la enfermedad que tenemos á la vista ; pues no sabemos si será una calentura gástrica ó quizás una tifoidea, ó una nerviosa, ó una exantemática, y por ello no debemos en manera alguna emprender una medicacion activa, hasta que desarrollándose mas, se presente el caso de tomar ya una resolucion fundada, especialmente cuando no hay peligro alguno en aguardar, supuesto que la enfermedad ha de durar ma-

yor ó menor número de dias. El emplear en estos casos una medicina activa para hacer ver que se obra con energía, y por no confesar que se desconoce el mal, seria una indiscrecion que podria ser funesta al enfermo. 3.º Cuando el mal exigiere remedios que el paciente no podria soportar: en efecto, si un enfermo que está excesivamente débil y excitable á consecuencia de grandes pérdidas de sangre, ó de cualquiera otra causa debilitante, se ve acometido de una disenteria algo graduada, nos encontramos privados de emplear los antiflogísticos, que exige esta enfermedad, pues con las evacuaciones de sangre que producirian las aplicaciones de sanguijuelas al ano, en vez de obrar con ventaja contra la dolencia, tan solo conseguiríamos enervar mas y mas las fuerzas del paciente, alejándonos de la curacion, porque desatenderíamos la indicacion vital; al paso que con una medicina expectante compuesta de la dieta, atemperantes, ó algun baño de asiento templado, podemos esperar que la naturaleza verifique una reaccion saludable, la cual produzca la curacion. A este caso corresponde aquella sabida máxima de que *á veces el remedio es peor que la enfermedad*. 4.º Cuando de la curacion del mal debiese resultar otro peor: si un sugeto, que padece un herpes ó un eczema, y que sabe por experiencia, que siempre que desaparece naturalmente, ó disminuye de una manera considerable, se le presenta ya un dolor en el estómago, ya tos y disnea pertinaces etc., se empeñase en curar dicho herpes ó eczema, deberíamos negarnos á ello, porque una medicina activa empleada á este objeto podria agravar la situacion del enfermo, y hasta diremos, producirle la muerte; siendo así que con una medicacion expectante, no le exponemos á tan funesto resultado. 5.º Cuando pueda esperarse que un mal reciente curará otro antiguo: supongamos el caso de una jóven nerviosa que padece hace ya semanas ó meses una convulsion histérica, y que en el curso de esta enfermedad se presenta un acceso de calentura; en semejantes circunstancias, y no siendo ésta muy exagerada, el médico prudente debe cruzarse de brazos, y aguardar tranquilo el resultado de la misma; pues ella cura muchas veces espontáneamente la convulsion, contra la cual se estrellaron los medios de curacion mas oportunos; curacion que se debe á aquel principio fisiólogo-patológico, que conocemos ya, del antagonismo entre el sistema sanguíneo y el nervioso. 6.º Cuando un mal crónico ó de larga duracion ha agotado ya

sin fruto los recursos todos de la medicina activa : figurémonos el caso de una hemiplejia antigua , producto de un derrame cerebral , y que fué combatido enérgicamente á su debido tiempo , hasta llegar el caso de haberse estacionado ya dicha hemiplejia : en estas circunstancias debemos ser expectantes , pues siendo activos , no solo no obtendríamos buenos resultados , sino que nos expondríamos mucho á obtenerlos malos. 7.º Por fin , cuando el mal á su invasion se declara á sí propio en una verdadera crisis por eliminacion espontánea de la causa morbífica : nada mas fácil que presentar un ejemplo de esta naturaleza ; un sugeto sufre una indigestion , por haber comido mas de lo que tiene de costumbre , ó porque los alimentos estaban frios en lugar de estar calientes , ó porque los comió con repugnancia , y en su consecuencia se presentan vómitos y diarrea ; para que el enfermo se cure , debemos abandonar completamente á la naturaleza la curacion del mal , pues ella se vale precisamente de los referidos vómitos y diarrea con el objeto de expeler la causa morbífica , y por lo tanto , es muy evidente que si no conociendo el carácter crítico de dichas evacuaciones , nos empeñásemos en cortarlas , nos opondríamos directamente á la curacion.

Éstos son , pues , los siete casos generales , en que está indicado el método expectante , y en su consecuencia contraindicado el activo.

Método activo. Se denomina así el que consiste en usar desde el principio , medios mas ó menos enérgicos , para la curacion de las enfermedades , el cual es opuesto al método expectante.

Al ocuparnos de la fuerza medicatriz , ya dijimos , que si bien es indudable que la naturaleza por sí sola , ó ayudada de algunos ligeros auxilios terapéuticos , puede curar y cura realmente un número considerable de enfermedades , lo que queda tambien probado por lo que acabamos de decir del método expectante ; se halla tambien fuera de toda duda , que hay otros muchos , en que es manifiesta la impotencia de la naturaleza para la curacion de los males , y que , en su consecuencia , el médico prudente é instruido , ora se cruzará de brazos en el tratamiento de las dolencias , ora desplegará una energía que forma verdadero contraste con la expectacion , efecto todo de las circunstancias en que se encuentra.

Ocupémonos ya de los casos ó circunstancias en que debemos apelar al método activo , en cuya exposicion seguiremos tambien el orden

que hemos observado al hablar del expectante y añadiremos los oportunos ejemplos. Estos casos son los siguientes: 1.º Cuando la enfermedad es conocida; pero no la terminacion que podrá tener, en la muerte acaso, y posee el arte medios directos para curarla: supóngase el de una pulmonía, pues conocida la misma, no sabemos de positivo cuál será su terminacion, si la abandonamos al cuidado de la naturaleza; pues si bien en virtud de ciertas circunstancias favorables, que pocas veces se encuentran reunidas, puede terminar por la curacion; en la mayoría de casos, no obstante, concluiria por la muerte, lo cual evitamos con mucha frecuencia, á beneficio del plan activo constituido por las sangrías y el tártaro emético. 2.º Cuando, siendo desconocida en su fondo la enfermedad, ó incurable, se debe ir acallando ciertos síntomas ó estados, que comprometen de un modo perentorio la vida del enfermo, ó la integridad de sus órganos: la viruela y la tisis son ejemplos que abrazan los dos extremos de este caso: en efecto, la viruela es enfermedad, cuyo fondo ó esencia desconocemos, sabiendo, tan solo, que depende de un virus y que tiene una marcha regular, marcada por ciertos períodos; pues bien, al paso que cuando no presenta complicacion alguna, corresponde al dominio de la medicina expectante; presentando, cual suponemos ahora, síntomas de una complicacion ya gástrica, ya inflamatoria, ya nerviosa, debemos, para acallar estos síntomas graves, acudir al método activo, pues de lo contrario, podria suceder que la naturaleza fuese vencida por el mal, lo que no deja de suceder algunas veces, aun á despecho del tratamiento mas enérgico. Aunque la tisis adelantada ya, sea siempre ó casi siempre incurable, debemos valernos tambien de medios activos para hacer á los enfermos mas soportables los sufrimientos de que son víctimas. 3.º Cuando una enfermedad, cuya curacion produciria un mal mayor, ó de la cual se espera algun efecto saludable para el vencimiento de otra, tiene demasiado graduados sus síntomas ó se exaspera tomando una agudeza peligrosa; pues entonces se hace necesario disipar, cuanto se pueda, el estado agudo accidental, ó templar la fuerza de los síntomas: nos presentarán ejemplos de este caso, dos enfermedades que debiendo tratarse con el método expectante cuando son moderadas, corresponden al activo cuando toman un vuelo muy considerable. Un herpes ó un eczema que deben respetarse, si están circunscritos á ciertos límites, por-

que su disminucion ó desaparicion podrian perjudicar, ó quizás se sepa ya que perjudican al enfermo; deben combatirse con energía cuando se exacerban ó extienden mucho. Lo mismo diremos de un acceso de calentura que pueda curar una convulsion, pues así cómo debe respetarse siendo moderada, segun dijimos ya; debe, al contrario, atacarse con mucha energía, cuando, por ser excesiva, amenaza una congestion ó derrame en el cerebro, pulmones, etc.; porque de lo contrario, nos expondríamos á que por querer curar una dolencia de no mucha gravedad, cual es la convulsion histérica, dejásemos morir á la enferma, á consecuencia de las congestiones ó derrames expresados. 4.º Cuando la enfermedad, abandonada á sí misma, toca á un término fatal; y empleando un remedio fuerte, pero de éxito dudoso, puede tentarse sacar al enfermo del último apuro: sírvanos de ejemplo el caso de un niño de muy poca edad, que padece una bronquitis capilar ó una pulmonía muy adelantada ya, la cual abandonada terminará pronta é indudablemente por la muerte; en este caso tan apurado no solamente podemos, sinó que debemos echar mano de un remedio dudoso, al paso que enérgico, cual es una disolucion de tártaro emético; por ser aquí de rigurosa aplicacion aquel precepto de Celso: *Melius est anceps experiri remedium quam nullum*. Empleando este recurso, quizás obtengamos algun resultado favorable, si bien es muy difícil. 5.º Cuando para prevenir males que podrian resultar de una causa, que tal vez al parecer no ha dejado huella alguna en el enfermo, se adoptan medios activos de preservacion: la mordedura de un animal rabioso es el mejor tipo de este caso, pues si bien en vista de las pequeñas heridas producidas por los dientes del animal, parece que no ha de amagar á la persona mordida peligro alguno; sin embargo, no es así, toda vez que la inoculacion del virus rabífico daría funestos resultados, hasta producir la muerte, si no los evitásemos por medio de una medicina tan activa, cual es la detenida y profunda cauterizacion de las mordeduras. 6.º Cuando una enfermedad ha terminado felizmente, però es de aquellas que dejan mucha propension á la recaída ó á la recidiva; en cuyo caso hay que continuar por una temporada la medicacion activa, en clase de curacion confirmatoria: las calenturas intermitentes y la blenorragia son dos ejemplos notables que corresponden á este caso; córtanse, en efecto, de una manera completa aquellas, por medio de los

preparados de la quina; y ésta, mediante el bálsamo de copaiba; y á pesar de esto vemos reproducirse unas y otra con la mayor facilidad, sin que dependa esta reproduccion de extravío en el régimen dietético, si dejan de administrarse ya los respectivos medicamentos que están indicados en dichos dos casos, lo que podemos evitar, y evitamos en efecto, insistiendo en la administracion de aquellos, por espacio de muchos dias, á contar desde aquel en que desaparecieron dichas enfermedades. 7.º Finalmente, cuando en una parte del cuerpo se ha introducido un agente morbífico que la naturaleza por sí sola no podria expeler, y cuya presencia en los órganos lleva un peligro de mayor ó menor entidad; pues en tales circunstancias debe intentarse y procurarse ahincadamente su extraccion ó expulsion inmediata: trátase, v. gr., de una herida por arma de fuego, cuya supuracion no se agota, y cuya cicatrizacion, por lo tanto, se espera en vano, por hallarse el proyectil colocado en el fondo de la herida, en una situacion y circunstancias tales, que inutilizan los esfuerzos de la naturaleza para la expulsion del mismo; en este caso, pues, debemos emplear recursos activos, procurando por todos los medios posibles extraer el cuerpo extraño que sostiene la enfermedad, porque de lo contrario, ésta tendria una duracion ilimitada.

Esos son los siete casos generales, en que debemos apelar al método activo, y para terminar el paralelo entre éste y el expectante, no podemos prescindir de trasladar literalmente el siguiente pasaje de Gintreae, que consideramos tan oportuno como filosófico: «El práctico hábil, dice, espera ú obra, segun las circunstancias, y no se manifiesta partidario exclusivo de ninguno de estos métodos. Si por conviccion dá la preferencia á uno de ellos, jamás debe hacerlo por cálculo. ¿Ha sucedido siempre así?»

«En 1760 brillaban en Montpellier Sauvages, Venel y Leroy, cómo médicos expectadores; Fizes y Haguénot, cómo partidarios de la medicina activa. Los primeros gozaban de la estimacion de los sábios, los segundos de la confianza del público. Gilibert, de Lyon, alumno entonces de la escuela de Montpellier, comparando la práctica de los unos y de los otros en el hospital, demostró las ventajas de la expectacion, y tomó por objeto de su tesis inaugural, la fuerza medicatriz. Fizes, que se hallaba en el número de sus argumentantes, terminó así el debate

que ya se habia prolongado demasiado: *Juvenis, tua doctrina non promittit opes, plebs amat remedia.* » Jóven, tu doctrina no promete riquezas; pues el vulgo es amigo de los remedios.

Conocida ya la necesidad de emplear una medicina activa, es necesario resolver otras dos cuestiones, las cuales no haremos mas que apuntar, porque quedan ya resueltas en diversos puntos de los que hemos tratado. Una de ellas es: *¿Cuándo es necesario obrar?* Cuando se presenta la ocasion favorable, lo que se llama *oportunidad*: hé aquí toda la contestacion que debe darse á semejante pregunta, que solo puede resolverse en teoría de una manera abstracta; pues no tenemos á la vista las circunstancias particulares, que impulsan al práctico á obrar de este ó del otro modo á la cabecera del enfermo, en vista de las circunstancias del mismo, de las que le rodean y de las de la enfermedad; pero cómo esta oportunidad es muchas veces fugitiva é instantánea, dependiendo á menudo de ella el resultado de la medicacion, de ahí que insistamos muy especialmente en la sábia advertencia tantas veces repetida, del *Occasio præceps*; pues es indudable que el mismo agente terapéutico empleado en el principio, en el decurso ó al fin de la enfermedad, produce efectos no solamente variados sinó hasta opuestos. Las únicas y verdaderas guias que pueden conducirnos en este asunto, son una dilatada experiencia, el buen ojo ó tino práctico, y el hábito, no solo de ver enfermos, sinó de verlos y observarlos bien; pues los preceptos teóricos que acerca del mismo podemos consignar, sin dejar de tener valor, lo tienen, no obstante, muy inferior á las circunstancias antes mencionadas.

¿Cómo es necesario obrar? Los tres adverbios *tutò, citò, y jucundè*, contestan en gran parte á esta pregunta; debiendo añadir que es preciso conceder á los remedios el tiempo que necesitan para obrar; pues la impaciencia y la volubilidad consiguiente, pueden ser muy perjudiciales al enfermo; que tomada una indicacion, no se vacile en cumplirla, sinó que se marche con paso firme y seguro al fin propuesto; que las enfermedades agudas exigen medios pronto y enérgicos, al contrario de lo que sucede en las crónicas, no olvidando jamás aquel precepto que dice: *á enfermedad crónica tratamiento crónico*; y, en fin, que el gran talento y el acierto del médico no consisten en poner en juego agentes enérgicos y en gran número, desplegando, por de-

cirlo así, grande ostentacion y lujo en dichos agentes, sinó en hacer á *tiempo* lo que convenga; pues el número é importancia de las curaciones no deben medirse ó apreciarse por la multitud y energía de los agentes terapéuticos.

Método natural. Llámase así aquel que se propone secundar la tendencia de la naturaleza hácia la feliz terminacion de una enfermedad, empleando procedimientos análogos á los que aquella pone en juego. Usamos, por ejemplo, este método, cuando prescribimos vomitivos, purgantes, diuréticos, sudoríficos, sangrías, etc., con la idea de curar una indigestion, hidropesía, un resfriado ó un estado plétórico, por haber observado que la naturaleza cura espontáneamente las referidas enfermedades, por medio de vómitos, evacuaciones ventrales, flujos de orina, sudores y hemorragias, cuyos fenómenos entonces se llaman *críticos*. El grande Hipócrates figuró á la cabeza de los médicos *naturalistas* ó *naturalistas*, llámese cómo se quiera, es decir, de los que siguen el *método natural*, apoyados en aquel principio terapéutico que dice: *Quò natura benè vergit, eò ducendum est*. Fué tambien muy expectante, circunscribiéndose, cual se supone, en los límites de la razon, de la prudencia y de la buena observacion.

¿Deduciremos, sin embargo, de lo que acaba de decirse, que debemos siempre rendir culto á la naturaleza, imitando servilmente sus procederes? Nó, y mil veces nó: la naturaleza hace algunas veces esfuerzos tan desesperados cómo impotentes, para descartarse del principio morbífico; díganlo, sinó, las diarreas y sudores colicuativos de los tísicos, que en lugar de proporcionarles el alivio, precipitan extraordinariamente el fin de su vida. ¿Quién se atreveria en estos casos á secundar estas evacuaciones y vanos esfuerzos de aquella? Otras veces sufre extravíos; tal sucede en las diarreas, cuando son muy copiosas, que sufren los niños durante la denticion. Cúidese, por lo tanto, de distinguir, por todos los medios posibles, y guiados por una buena observacion, las evacuaciones y movimientos críticos de la naturaleza, de los que son meramente sintomáticos, para secundarlos en el primer caso y atajarlos en el segundo.

Método perturbador. Se conoce bajo este nombre el que sofoca en su cuna, ó acelera, ó trastorna, ó cambia de una manera mas ó menos repentina, la marcha de la enfermedad, obteniendo á veces sobre

ella una victoria completa, y agravándola otras, mediante el uso de agentes mas ó menos enérgicos. Es, por consecuencia, una medicina *activa tipo*. Cuando se emplea en un caso dudoso para esclarecer el diagnóstico, se convierte en un medio *explorador*. Figuran en el catálogo de estos agentes las sangrías muy copiosas, el fuego, los cáusticos, el terror, los vomitivos, los purgantes drásticos, la hidroterapia, etc.; si se emplean, empero, agentes menos bruscos, enérgicos y estrepitosos, si vale la expresion, cuales son los baños de mar y las diferentes aguas minerales, los viajes sobre todo marítimos á puntos mas ó menos distantes y de larga duracion, las distracciones, el cambio de objetos, el abandono de los negocios de costumbre, la variacion de alimentos, bebidas y hasta de clima, toma éntonces mas propiamente el nombre de método *metasincrítico*.

Los medios de que nos valemos para obtener una medicina perturbadora, pueden limitar su accion á un punto poco extenso, ó ya difundirla por toda la economía, que es lo mismo que decir que existen medios perturbadores locales y generales, y, por lo tanto, que se conoce tambien una *perturbacion local* y otra *general*. La primera puede subdividirse en *externa* é *interna*, segun obre el agente perturbador al *exterior* del cuerpo ó en su *interior*: la curacion de una úlcera sifilitica por medio de la cauterizacion con la piedra infernal, nitrato ácido de mercurio, etc., corresponde á la perturbacion *local externa*; y la administracion de un vomitivo para curar una irritacion ligera del estómago con aflujo en el mismo de una mayor ó menor cantidad de bilis, pertenece á la *local interna*. De estas dos medicaciones perturbadoras ofrece mayor peligro, segun es de suponer, la *interna* que la *externa*, cómo sucede, por regla general, en la administracion de todos los medicamentos, que es comunmente mas grave que la simple aplicacion de los mismos. En efecto, podemos hasta cierto punto marcar la extension é intensidad de accion de un agente terapéutico perturbador que aplicamos á la piel, ya porque lo aplicamos directa, exclusivamente y á voluntad á un punto, por limitado que sea, ya porque tenemos medios hábiles para circunscribir y atajar su accion cuando es exagerada, así cómo de vigilarla de cerca, moderarla, dirigirla etc., lo que no sucede en la *interna*, pues en el momento de caer en la cavidad del estómago una sustancia medicinal cualquiera, per-

demos ya el derecho, digámoslo así, de manejarla y dirigirla cómo en el caso anterior. No obstante, si se trata de una sustancia perturbadora *exterior* que sea susceptible de absorcion, entonces es mas peligrosa que otra *interna* que no tenga este carácter; pues desde el instante en que por haber sido absorbida, abandona la superficie para internarse en la economía, perdemos nuestro influjo sobre ella, lo mismo que en los casos de perturbacion *local interna*; así pues, entre la accion perturbadora del arsénico aplicado tópicamente, y la de un vomitivo dado por ingestion, temeremos mucho mas la accion de aquel que la de éste. Es un ejemplo de perturbacion *general*, la que se produce por la sustraccion copiosa y repentina de la sangre, mediante la flebotomía, y muy especialmente por la arteriotomía; pues es un agente que obra sobre todo el cuerpo. La misma diferencia que hemos establecido entre el peligro que ofrece la perturbacion *local externa* y la *local interna*, es poco mas ó menos la que debe establecerse entre la referida *local* y la *general*, por ser mas fácil conseguir que se disminuya ó modifique una accion, cuya energía ha traspasado los límites que nos propusimos, si es de origen *local*, que si depende de una accion *general*, deduciéndose de esto, que tan solo en los casos extremos se debe apelar á dicha perturbacion *general*. El Dr. Cil comenta con mucho tino y oportunidad las palabras de *casos extremos*, para los cuales se recomiendan medios *extremos* tambien, por ejemplo, los que corresponden á la perturbacion *general*, haciendo la siguiente distincion: que debe entenderse por *enfermedad extrema*, ó caso *extremo*, «aquella que por lo sério de sus síntomas tiene en grave compromiso la vida del enfermo, cuyo fin tememos como á consecuencia de un estado morbozo no incurable de cierto, ó muy probablemente curable cuando menos. Decimos que una enfermedad ha llegado al último y mas apurado extremo, ó en otros términos, tenemos al enfermo por desahuciado, cuando los conocimientos patológico-prácticos que nos guian, no permiten hesitar sobre la incurabilidad del mal por todos los medios humanos; ora resulte la incurabilidad de una lesion orgánica indestructible ó inextirpable, ora del acabamiento de fuerzas imposible de resarcir: en semejantes circunstancias no debemos perder de vista aquel otro axioma de nuestra ciencia, que *mas vale mate al enfermo la fuerza del mal que la del remedio*: en manera alguna en-

tonces nos pondremos á jugar un albur con la vida del paciente, aun cuando él mismo lo solicitara de nosotros, administrándole ó adoptando medios desesperados: no debe reputarse expediente de salud para un enfermo el que puede serlo para la de los vencidos; que éstos la encuentran tal vez, en la misma desesperacion.» Vamos á probar con ejemplos esta distincion del referido profesor, la que hemos querido trasladar íntegra por el alto interés práctico que encierra. El estado gravísimo, en que se encuentra un enfermo atacado de una fuerte congestion ó derrame cerebral constituye una enfermedad extrema, porque si bien puede poner en compromiso inmediato la vida del paciente, podemos, sin embargo, salvársela por medio de *recursos extremos*, cuales son las sangrías copiosas y repetidas, pues la enfermedad no es de sí incurable: al contrario, si tratásemos de una tisis en su último grado, y éste muy adelantado, en que hay ya extensas cavernas pulmonales, grandes cantidades de esputos purulentos, diarrea y sudores colicuativos, emaciacion extraordinaria, y demás cortejo de síntomas que acompañan á una tisis adelantada, diremos, que la enfermedad ha llegado al último extremo, y que tenemos al enfermo por incurable; y en este caso es, cuando no debemos emplear medios perturbadores que en vez de aliviar al paciente, lo agravarian de una manera considerable, hasta acortarle el término de su vida; así pues, si en semejante caso se nos propusiese administrarle una de esas medicinas, que mas á menudo se nos proponen, por ejemplo, el célebre vomí-purgante de Mr. Le Roy, ó las píldoras de Morisson, para producir con el primero vómitos y diarrea copiosos, y diarrea tambien con las segundas, nos negaremos absoluta y categóricamente á semejante proposicion ó exigencia, porque aceleraríamos de fijo el triste fin del enfermo, toda vez que nunca debemos olvidar aquel humanitario principio de terapéutica que dice: *Si non prodes, saltem ne noceas*. Si no aprovechas, por lo menos no hagas daño. Véase si ha de ser muy diferente la conducta del médico en estos dos casos que, mal interpretados, podrian confundirse. Entre los medios perturbadores figuran unos que son, digámoslo así, los aconsejados por la razon y la experiencia, los cuales se llevan al extremo, cómo las sangrías muy copiosas y repetidas en las congestiones y derrames cerebrales, pues aquellas nos aconsejan dichas evacuaciones en semejantes casos: otros agentes hay re-

chazados por la razon y el buen sentido, al paso que recomendados por la experiencia, contándose entre ellos los deseos vehementes é instintivos de tomar esta ó la otra sustancia, ó de emplear este ó el otro medio, lo que parece á primera vista debe perjudicar á los enfermos, y que perjudicarian en efecto, si no fuesen verdaderas manifestaciones de la naturaleza dirigidas á curar el mal, deseos que acometen á veces á los enfermos, y que no hacemos aquí mas que apuntar, por referirnos en un todo á lo que hemos dicho de los apetitos, cómo circunstancia que modifica las indicaciones. Tampoco hablaremos ahora con detalles, de los otros perturbadores que repugnan á la razon, v. gr. la aplicacion de un medio irritante sobre una parte inflamada, porque constituyen una medicacion particular que expondremos bajo el nombre de *substitutiva*.

Es indudable que la medicacion perturbadora, especialmente la *general* y la *local interna*, es á menudo peligrosa, porque no se tiene la seguridad de producir el resultado favorable que nos proponemos; tanto que algunos prácticos creen que debe proibirse del todo; pero tampoco ofrece la menor duda, que empleada con prudencia, y sobre todo si se trata de muchos casos de la *local externa*, cuyos buenos resultados ha confirmado una larga experiencia, es con frecuencia muy útil, estableciendo el orden á beneficio del desorden, según la feliz expresion de Gintrac. Los buenos prácticos deben guardar en este punto, el justo medio y la prudencia que recomendamos al hacer el parangon entre los métodos expectante y activo; pues así cómo dejamos consignado que no es ni puede ser buen práctico el que sea ó *siempre expectante* ó *siempre activo*, diremos aquí lo mismo del que esté tan aferrado al *método natural*, que no se decida en ciertos y determinados casos por el perturbador, especialmente cuando ha empleado ya sin fruto los otros medios apoyados por la razon; mas diremos: muchas veces debe empezarse la curacion de una enfermedad por el método perturbador *local externo*, por habernos enseñado una constante experiencia, que es el modo de curar mas pronta y radicalmente la dolencia, sin exponer, por otra parte, al paciente á consecuencias de gravedad: la cauterizacion de las úlceras sifilíticas en el momento de su aparicion, es el ejemplo mas elocuente de esta verdad inconcusa.

Terminaremos este asunto, poniendo una comparacion tan exacta,

cómo fácil de comprender. El método perturbador, en general, es cómo las revoluciones: éstas, en efecto, son actos contranaturales, anómalos y excepcionales, que deben reprobarse y rechazarse, por lo común, en razon de los profundos trastornos que causan en la sociedad, y de los males y desgracias que ocasionan á sus individuos considerados aisladamente; pero actos que á pesar de estos graves inconvenientes, deben no solo defenderse sinó hasta promoverse y santificarse, cuando agotados todos los recursos de la prudencia, de la súplica, de la razon y de las prácticas parlamentarias, amenaza de cerca la inevitable ruina del Estado colectivamente considerado, y de sus individuos en particular: ésta es la verdadera fotografía del método perturbador en general; debemos rechazarlo, excepto en los casos siempre ó casi siempre favorables que hemos citado, cuando no se ha echado mano todavía, para la curacion de una enfermedad, de los diversos medios suaves y naturales que nos dictan la razon y el buen sentido; pues de otra manera nos expondríamos, sin necesidad, á producir trastornos que llegarían á ser funestos á los pacientes; trastornos de que, sin embargo, debemos prescindir en beneficio de los mismos, siempre que, agotados aquellos sin fruto alguno, el método perturbador se nos presenta cual única áncora de salvacion para el enfermo.

Método racional. Se llama así el que emplea medios terapéuticos de accion conocida y opuesta á la naturaleza de la enfermedad que se combate, de modo que su accion fisiológica nos haga ya presumir *à priori* la terapéutica, por la relacion de causa y efecto que existe entre aquella y ésta. Se le conoce tambien con los nombres de *dogmático*, porque tiene principios científicos, y *general*, porque sus recursos obran sobre toda la economía.

El lema de la medicina secular, ó sea la Alopátia, de *Contrariis curantur*, es en el fondo la representacion del método que nos ocupa; pues usamos del mismo, al combatir la excitacion con los debilitantes, la atonía con los tónicos y los estimulantes, la relajacion de la fibra con los astringentes, la rigidez de los tejidos con los aceitosos, la plétora por rarefaccion con los baños frios, y la verdadera con las sangrías, porque en todos estos casos oponemos acciones y resultados contrarios á los que nos presentan las enfermedades. No se crea que el razonamiento que debe guiarnos en este método, deba ó pueda exis-

tir independiente de la observacion de los hechos, y de los auxilios de la analogía; al contrario, debe precisamente estar basado en dichos objetos, pues hijos de la observacion deben ser tambien el conocimiento que adquirimos de las causas y de la naturaleza de las enfermedades, y el del modo de obrar de los agentes terapéuticos, y, por ello, el de la relacion que existe entre éste y aquellas, que es la base del método racional. Tanto debe ser así, en cuanto que si se apoya éste en hipótesis, en abstracciones, en principios fundados á *priori*; si abandonando el camino de la observacion, emprende el de un sistema cualquiera, surgen terribles objeciones, y asoma la duda, y pierde su prestigio.

Hay algunos medios antiflogísticos, y son precisamente los mas enérgicos de todos ellos, que se usan diariamente para combatir las inflamaciones, por ser los mas oportunos y acreditados, y que á pesar de corresponder á primera vista al método dogmático, no pertenecen á él en realidad, admitiéndolos tan solo cómo tales, porque una constante experiencia acompañada de una *pequeña parte de racionalismo*, por decirlo así, nos demuestra sus buenos resultados. Hablamos de las sangrías ya generales, ya locales, en el tratamiento de las inflamaciones. Supongamos, en efecto, el caso de un sugeto atacado, bruscamente, de una pulmonía, y al cual se le extraen en las veinte y cuatro horas, por el método de Bouillaud, tres ó cuatro libras de sangre, por ser el medio mas oportuno y el que mas pulmoníacos salva: y sin embargo, ¿hay en esta medicacion un verdadero racionalismo? ¿Es posible que haya adquirido el enfermo esas tres ó cuatro libras de sangre en pocas horas, y que haya necesidad de extraérselas? A buen seguro que nó, y lo mismo diremos de las otras inflamaciones. No obstante, en el referido tratamiento de la pulmonía encontramos algo de racionalismo, porque á medida que se sangra, pasa menos sangre por los pulmones, en su consecuencia estos funcionan menos, y, por lo tanto, descansan mas, indicacion general que debemos cumplir en el tratamiento de todas las flegmasias, especialmente agudas; esta sola circunstancia, empero, no nos explica satisfactoriamente la curacion de la enfermedad. ¿Puede compararse acaso la relacion de causa y efecto entre la sangría y la curacion de la pneumonia, cómo entre dicho agente terapéutico y la curacion de la plétora? Ciertamente que nó. Supuesto que el carácter anatómico-patológico de la sangre en las

inflamaciones, es tener aumentada la cantidad de fibrina, y ser mas plástica, los agentes terapéuticos verdaderamente racionales en el tratamiento de las mismas deberian ser los alterantes, pero alterantes directos que destruyan el exceso de fibrina, que diluyan la sangre de una manera directa, y sin necesidad de extraerla, cuyo modo indirecto de obrar tiene la sangría considerada cual medio alterante. La accion de algunos de éstos, cómo antiflogísticos, es ya por fortuna una verdad en algunas flegmasias, siendo de ello la prueba mas irrecusable el buen efecto de las fricciones mercuriales en el abdómen, en los casos de metro-peritonitis puerperal. Quizás algun dia podamos decir lo mismo de otros alterantes para otras inflamaciones, y entonces existirá un verdadero racionalismo en el tratamiento de éstas, que no puede aplicarse hoy dia á las sangrías.

Método empírico. Éste, cuya etimología es griega, de la voz *empeira*, que significa experiencia, es aquel que, despreciando toda teoría, no tiene en sus prescripciones mas guía, ni mas criterio, que la experiencia, reuniendo, por lo comun, los agentes que emplea, el carácter de específicos, y hasta parece en ocasiones, que éstos deberian agravar e mal. Para dicho método, pues, no existen mas que hechos, y hechos enteramente aislados y sin la menor relacion entre sí, los cuales se recogen tal cual los presenta la naturaleza sin interpretaciones, ni comentarios, ni hacer aplicacion de ellos á los casos análogos ó parecidos, pues si esto se verificase, ya no se trataria de un *empirismo puro*, sinó de un *empirismo razonado*. Dicho método, pues, si bien es la mejor base de la medicina mas recomendable, cual es la de *observacion*, no debe, sin embargo, adoptarse de una manera exclusiva, porque de este modo muy pronto se trasluciria su insuficiencia. En efecto; el empírico observa, por ejemplo, veinte casos favorables del uso de un medicamento en una enfermedad determinada, y ve con sorpresa y sin poderse dar explicacion de ello, ni por lo tanto remediarlo, que en otros casos sucesivos de la misma enfermedad, no se obtienen los resultados favorables que antes. ¿Sucederá lo mismo á un empírico racionalista? A buen seguro que nó, segun probaremos con el ejemplo siguiente. La quina es indisputablemente el medicamento empírico y específico de mas valía que posee la materia médica, y que debe figurar, por lo tanto, á la cabeza de los agentes que emplea la medicina empírica. Sabido es de

todo el mundo, que este precioso medicamento triunfa casi siempre de las calenturas intermitentes: en algunos de los casos, en que no produce resultados felices, se encuentra comunmente la causa de este fenómeno por un médico empírico racionalista, en el carácter de la intermitente, que léjos de ser esencial, es sintomática, ó en que existe un estado de complicacion, ya gástrico, ya inflamatorio, que desvirtua los efectos antitípicos de la quina; circunstancias que el empírico puro desconoceria, porque no se atreveria siquiera á fijarse, á discurrir, ni menos á darse explicacion de dicha falta de resultados. Además, hay casos en que, si bien parece á primera vista que se emplea en el tratamiento de una dolencia el método puramente empírico, no sucede así; pues la inteligencia del médico lo convierte en método empírico-racionalista: la quina nos dará tambien una prueba de lo que decimos. Cuando por su medio se combate una calentura intermitente, nos enteramos de antemano si existen ó no circunstancias que la repugnen, y á mas de esto, cuando el enfermo ha contraido las intermitentes en un punto donde se padecen endémicamente, lo primero que dispone el facultativo, sobre todo si el paciente puede verificarlo, es la traslacion de éste á otro punto mas sano, y curadas ya, le marca el régimen de vida que ha de seguir, para evitar su reproduccion: pues bien, en todos estos actos del médico se deja ver la medicina racional, que acompaña á la empírica, ó sea, á la administracion de la quina. Las mismas reflexiones podríamos hacer relativamente sobre el mercurio para la curacion de la sífilis, y del azufre para la de las enfermedades cutáneas, y especialmente la sarna. Véase, pues, cómo en los casos de aquellas enfermedades que combatimos de una manera tan ventajosa empíricamente, ó sea, por medio de los específicos, el método racional presta sus auxilios al empírico, resultando de ahí un empirismo razonado, ó sea, la verdadera medicina hipocrática, á la cual damos la preferencia entre todas las conocidas, porque basada en el elemento de mas interés para el médico, cual es la experiencia, es robustecida por el importante apoyo de la razon. Así pues, diremos en conclusion, que si la medicina racional reclama el apoyo de la experiencia, la empírica exige tambien á su vez el de la razon; debiendo decirse del *racionalismo* y el *empirismo* en terapéutica, lo que dijimos á su tiempo de la medicina y cirugia, esto es, que deben prestarse un mutuo apoyo para

realizar el bello ideal de la mayor perfeccion posible en el arte de curar. *Alterius altera poscit opem et conjurant amicæ...*

Terminaremos de una vez, advirtiendo, que si bien en el dia la palabra *empirismo* se toma por algunos en un sentido poco favorable, haciéndola sinónima de *charlatanismo*, debe considerarse esto cómo una idea errónea y despreciable en alto grado, porque, al paso que el empírico tiene por guia y consejero en todos sus actos, á la experiencia, el charlatan obra sin norte y sin direccion, vendiendo y empleando sus drogas, cuyas virtudes medicinales *impostoras* exagera con entusiasmo y aire de seguridad; así cómo que aquellos medios que parece deben repugnar á la naturaleza ó á la índole del mal, y cuya utilidad no ha sancionado todavía la experiencia, deberian llamarse *tentatorios*, segun propone el Dr. Cil, para elevarlos algun dia á la categoría de *empíricos*, si la experiencia pronunciase un fallo decisivo en su favor, garantía indispensable para usarlos en este último concepto.

Método directo. Es aquel que combate de frente la enfermedad y las causas que la han producido y la sostengan quizás, por conocer á fondo una y otras, proponiéndose, en su consecuencia, destruir las causas y producir un estado esencialmente opuesto al de la enfermedad. Son ejemplos del método directo, el tratamiento de la plétora verdadera por las sangrías, y el de un envenenamiento por su correspondiente antídoto: tal sucede cuando socorremos á un sugeto envenenado por el fósforo, mejor diremos, por éste convertido en ácido fosfórico al caer en el estómago, dándole grandes cantidades de magnesia, en cuyo caso nos aprovechamos de la ley química, en virtud de la cual los álcalis neutralizan los ácidos y vice-versa. Los medios de que se vale este método corresponden siempre al dominio de la medicina activa; siendo muy ventajoso el uso del mismo, porque supone la existencia de un enemigo, que si bien puede ser poderoso y, por lo tanto, temible, sin embargo se presenta franco y desembozado, lo cual hace que no titubeemos en la eleccion y constante aplicacion de los medios propios para destruirlo.

Método indirecto. Se llama así el que se vale de medios indirectos, y especialmente de un plan expectante, ó de un tratamiento sintomático, en razon de no conocerse la causa del mal, ó en caso de ser conocida, no poderse destruir ó expeler, así cómo tambien cuando es

desconocida su naturaleza; pues en estos casos no podemos atacar de frente al enemigo, cual se hace por el método directo, por presentársenos embozado y dudoso, y seria, por lo tanto, una imprudencia obrar con la misma energía que si le conociésemos; por esto dijo muy oportunamente el célebre práctico Stoll: *Mallem ut nulla prorsus medicina fieret, quam inepta et morbo non respondens, atque hoc ipso periculosa, et salutarium naturæ moliminum turbatrix.* «Preferiría no usar remedio alguno, á emplear una medicación inconveniente é inoportuna, arriesgada, por lo tanto, y capaz de alterar los saludables esfuerzos de la naturaleza.» Éste es el método que se usa cuando combatimos una calentura exantemática, v. gr. la variolosa, ó una tifoidea; pues en uno y otro caso desconocemos la naturaleza de la enfermedad y las causas de ésta; y si quisiésemos suponer que conocemos la de la viruela, diciendo que es un virus especial, deberíamos también confesar que éste es indestructible, cuando se ha presentado ya.

Método sintético. Llámase así, por el Dr. Renouard, el que no opone mas que un solo género de tratamiento al estado morbozo, considerado cómo una entidad simple.

Segun este método, reunidos los diferentes síntomas de una enfermedad, forman una especie de entidad morbífica colectiva, contra la cual se dirige el plan de curación. En efecto, haciendo una síntesis de las diversas manifestaciones sifilíticas, representada por las úlceras, flujos, infartos glandulares, vegetaciones, sífilides, dolores osteocopos, caries, etc., la representamos bajo el nombre genérico de sífilis, y contra esta entidad ó elemento morbozo, dirigimos los medios de curación, sintetizados también bajo la forma de los preparados mercuriales. Así es cómo obran generalmente los específicos.

Método analítico. Es el que combate por separado los elementos mas ó menos numerosos, y las diversas complicaciones que presenta la enfermedad. Es, por lo tanto, opuesto al sintético; pues así cómo éste combate con un solo agente todas las manifestaciones morbosas; aquel, por el contrario, opone casi uno de aquellos á cada una de éstas. Este método se presta mucho á la arbitrariedad, segun advierte muy oportunamente Gintrac, porque á no tratarse de observadores muy juiciosos, cuando se presentan diversos elementos en una enfermedad, cómo el inflamatorio, el nervioso, el gástrico, etc., cada uno

dá mayor importancia á aquel hácia el cual tiene mas predileccion.

Método etiológico. Se conoce bajo este nombre aquel que se dirige mas especialmente á destruir las causas de la enfermedad, indicacion que figura en primer término, cuando siguen aquellas obrando, y en su consecuencia sosteniendo y alimentando á ésta; punto sobre que insistiremos muy poco, por haberse ventilado con extension, al ocuparnos de la *indicacion causal*, y de las *causas*, cómo circunstancias que modifican las indicaciones. Adviértase, no obstante, que al hablar de causas, nos referimos á las que son muy ciertas, claras, evidentes y demostradas, relegando las oscuras y dudosas al terreno de las hipótesis. La práctica diaria nos enseña, que hay muchos enfermos que tienen la *manía*, pues no debe calificarse de otra manera, de querer darse razon de la produccion de las enfermedades, por causas claras y evidentes, pareciéndoles imposible que se produzca una enfermedad, sin que esté á nuestro alcance la causa de ella. ¡Ciega preocupacion! ¡Cuántos y cuántos son los casos, en que las causas de las dolencias nos son completamente desconocidas! De ahí las enfermedades llamadas espontáneas. Estas ligeras reflexiones prueban hasta la evidencia, que el método etiológico es muchas veces nimio é imperfecto.

Método sintomático. Es el que ataca los síntomas graves, esenciales ó accesorios, ya se trate de una enfermedad de naturaleza conocida ó desconocida, ya curable, ya incurable.

Tampoco comentamos este punto, porque se refiere completamente á lo que se dijo, cuando nos ocupamos de la indicacion *sintomática*, y de los *síntomas*, considerados cómo modificadores de las indicaciones.

LECCION XLI.

Medicaciones terapéuticas. Su division en tónica, excitante, alterante, anti-flogística, evacuante, anti-espasmódica, sedante y estupefaciente. Medicacion tónica en general, y su division en tónico-astringente, tónico-analéptica, y tónico-amarga ó neurosténica. Explicacion de la astringente.

Entiéndese por medicacion en general, el conjunto de las modificaciones ó cambios inmediatos que produce en la economía animal, la

accion de los medicamentos y demás agentes terapéuticos. En su consecuencia, diremos que la *medicacion terapéutica*, es la reunion de modificaciones producidas en el organismo por el conjunto de agentes terapéuticos que ejercen una influencia comun, y de los cuales se obtienen resultados iguales, ó análogos por lo menos. A pesar de eso, ha hecho la costumbre que se dé mas comunmente el nombre de *medicacion* á la administracion ó aplicacion de uno ó muchos agentes terapéuticos, para satisfacer una indicacion determinada, ó producir tal ó cual modificacion en la estructura, ó en las funciones del organismo. Si se fija un momento la atencion en estas dos definiciones que acabamos de dar de la medicacion, se verá que se han confundido las causas con los efectos; pues, segun la última de ellas, el conjunto de medios, que se usan para curar las enfermedades, es lo que constituye la medicacion, y segun la primera, ésta no es mas que el conjunto de los efectos fisiológicos, inmediatos ó primitivos, que aquellos producen. Esto prueba que las palabras *medicacion* y *tratamiento* ó *plan curativo*, no son sinónimas; pues el objeto definitivo, mas ó menos próximo de éste, es curar, ó paliar cuando menos, una enfermedad; al paso que aquella se propone únicamente provocar un cambio íntimo en el organismo, el cual representa, por decirlo así, el papel de un agente intermedio, ó sea una especie de lazo que une ó relaciona la accion de los agentes empleados, con el resultado definitivo, ó sea, la curacion. En prueba de esto vemos á menudo que un tratamiento se compone de varias medicaciones, segun notaremos muy pronto, al ocuparnos de las *medicaciones compuestas*. Hardy y Behier establecen esta misma distincion de una manera muy lacónica y bajo la fórmula siguiente: « En una palabra, dicen, la medicacion es el fin que nos proponemos alcanzar, y los medicamentos los medios de que nos valemos para llegar á él. »

Si en el estudio de las medicaciones debiésemos atender tan solo á su resultado definitivo, no hay duda que podríamos *hasta cierto punto* reducirlas á dos, á saber: á una que se llamaria *estimulante*, y á otra que seria la *debilitante*, porque la mayoría de los medicamentos produce en último resultado el aumento de fuerzas, ó al contrario, la debilidad. Este raciocinio, empero, solo puede emanar de los sistemáticos, que, como Brown y Broussais, no atendian en las fuerzas de

la vida, mas que á la *cantidad*, olvidando completamente la *cualidad*, bastándoles, por lo tanto, los medicamentos generales, y estando para ellos de sobras los específicos. Por esto hemos dicho, que las medicaciones podrian reducirse á dos *hasta cierto punto*, dando á entender con esta expresion, que dicha division no es exacta. Debiendo el médico hacerse cargo, no solo del objeto final de la curacion, sinó tambien del modo cómo se va verificando en el decurso de la misma; es necesario que admitamos mayor número de medicaciones. Hay, en efecto, diversos medicamentos, que, á pesar de que produzcan en último resultado, ya la exaltacion de las fuerzas, ó ya su disminucion, lo verifican de maneras muy distintas, segun vamos á verlo pronto en el estudio de las medicaciones en particular, limitándonos por ahora, para probar lo que estamos diciendo, á manifestar que así cómo los tónicos, propiamente dichos, aumentan las fuerzas de una manera paulatina á la par que duradera, los estimulantes, al contrario, lo verifican de una manera mas rápida, pero mas fugaz ó menos duradera, lo que nos obliga á echar mano, segun las circunstancias, de unos con preferencia á otros: un atemperante, un emoliente, y un purgante ocasionan la debilidad; pero al paso que el primero lo verifica rebajando el calórico del cuerpo, especialmente el de la sangre, el segundo lo hace relajando la fibra, y el tercero produciendo evacuaciones ventrales. Véase, pues, cómo no es tan solo objeto de las medicaciones el conocimiento de sus consecuencias, ó resultados definitivos, sinó tambien los diversos modos de modificacion íntima de los órganos, para que aquellos se obtengan. Esto, pues, nos obliga á admitir con Trousseau y Pidoux las siguientes medicaciones: *tónica, excitante, alterante, antiflogística, evacuante, sedante, estupefaciente y específica*, y además, otras secundarias, digámoslo así, á que dan lugar algunas subdivisiones de las que dejamos establecidas, segun veremos muy pronto. Se ha fijado tambien otra division mas general, y es la de medicaciones *directas, indirectas y específicas*.

Al establecer las medicaciones, es necesario recordar lo que dijimos al ocuparnos de la clasificacion de los medicamentos: que hay muchos de ellos que tienen mas de una virtud, cual se observa en el iodo, ópio y otros varios, circunstancias que debemos conocer para aprovechar, segun convenga, uno de estos efectos y neutralizar el otro ó los

otros. Por lo demás, es inútil decir, que preferiremos esta ó la otra medicacion, y aun la subdivision de una misma, segun las diversas indicaciones que nos propongamos cumplir.

Medicacion tónica. Es la que restituye la fuerza ó tonicidad á los tejidos, reconstituye las funciones asimiladoras é imprime resistencia vital al organismo.

Para tratar metódica y filosóficamente de la medicacion tónica, cual lo hacen Trousseau y Pidoux, es necesario que empecemos por hacernos cargo de los tres elementos indispensables que figuran en las funciones nutritivas del hombre, ó sea la vida orgánica de Bichat. Estos tres elementos son: 1.º la materia animal fija y sólida, que compone los tejidos orgánicos y los parénquimas; 2.º la materia animal líquida, que presta á todos los sólidos los elementos de su evolucion ó desarrollo, así cómo de su mantenimiento y reparacion, ó sea, la sangre arterial; 3.º el sistema nervioso, que preside al ejercicio de todas las funciones de las vísceras, encargadas de elaborar la sangre, y que anima y coordina dichas funciones, estando tambien á su cargo la expulsion de los residuos excrementicios. Ahora bien; cuando dichos tejidos han perdido la debida cohesion, y, en su consecuencia, la tonicidad que necesitan para el desempeño de sus funciones: cuando la sangre arterial, vasto y bien provisto almacen de todos los principios nutritivos, destinados á entretener la vida de los sólidos, ha perdido, en mayor ó menor escala, las cualidades nutritivas; y finalmente, cuando el sistema nervioso de la vida orgánica, que dirige la infinidad de resortes y aparatos que deben desempeñar las innumerables funciones de la nutricion, está debilitado ó sufre alguna aberracion; el resultado mas próximo é inmediato es la disminucion tambien, ó la alteracion de las funciones nutritivas, y en último resultado, de la nutricion.

Estas consideraciones nos inducen naturalmente á subdividir la medicacion tónica en tres especies ó variedades, á saber: en *tónica astringente*, *tónica analéptica* ó *reconstituyente*, y *tónica amarga* ó *neurosténica*, las cuales van á ocuparnos por separado. Antes, sin embargo, debemos hacer algunas consideraciones generales sobre esta medicacion, aplicables, por lo tanto, á las tres ramas de la misma, y que versarán acerca de los efectos fisiológicos de los agentes curativos

que á ellas corresponden, así cómo sobre las indicaciones y contraindicaciones de estos últimos.

Para conocer los efectos inmediatos de un medicamento, lo usamos, por punto general, en individuos que gozan de perfecta salud, porque, á no ser así, podríamos confundirlos á menudo con algunos de los fenómenos que suele presentar el sugeto por su estado de salud, delicado ó achacoso. ¿Sucede eso mismo con los tónicos? Ciertamente que nó; pues al hablar en la definicion, de sus efectos primitivos en la economía, se dice que *restituyen* (y no que *dan*) energía á las funciones de la vida orgánica; de modo que segun el texto literal de la definicion, se parte desde luego del principio, de que el estudio de los referidos efectos debe practicarse en personas cuyas funciones estén mas ó menos debilitadas, y necesiten, en su consecuencia, restaurarse; pues la palabra *restituir* significa *dar lo que habiéndose tenido, se ha perdido*.

La circunstancia que imprime carácter á los tónicos, es la de obrar de una manera insensible y gradual, y de restituir una energía verdadera á la vitalidad de los órganos; circunstancia que, segun hemos indicado ya al hablar del número de medicaciones que es justo admitir, sirve de carácter diferencial entre los tónicos, propiamente dichos, y los estimulantes; supuesto que la accion de éstos, en lugar de ser lenta y duradera, es pronta y fugaz. Procuraremos explicar las razones de la diferencia entre los tónicos y los excitantes, porque es el modo mas directo y sencillo de conocer á fondo su accion, y, por lo tanto, de hacer de ella las aplicaciones oportunas.

A la Escuela de Montpellier, representada especialmente por Barthez y Dumas, pertenece la gloria de haber sentado un principio emanado de su *vitalismo*, el cual explica de una manera clara, la diferencia de accion entre los agentes tónicos y los excitantes: este principio consiste en la admision de dos especies de fuerzas en la economía, *activas* ó *in actu* unas, y *radicales* ó *in posse* otras; distincion indicada ya implícitamente por Galeno. Porque es de sumo interés la perfecta inteligencia de esta distincion en la cuestion que nos ocupa, dejaremos, á imitacion de Trousseau y Pidoux, hablar al mismo Barthez, para deducir en seguida las debidas consecuencias.

«No se debe concebir el sistema de las fuerzas del principio vital,

dice, cómo se conciben los sistemas de las fuerzas mecánicas; de lo contrario, se incurriría en un error que produciría otros muchos en la ciencia del hombre y en la medicina práctica.»

«Un sistema de fuerzas mecánicas no presenta mas que fuerzas determinadas, que obran en un tiempo dado, ya para equilibrarse, ya para producir un movimiento sencillo.»

«Pero en el sistema entero de las fuerzas del principio vital, es menester distinguir las que este principio hace *obrar* á cada instante en todos los órganos, segun lo determinan sus leyes primordiales ó causas que le son extrañas, de las *radicales*, ó que tiene en *potencia* para continuar el uso natural de sus fuerzas *activas*.»

«El conjunto ó agregado de las sumas de estas dos especies de fuerzas, constituye lo que yo llamo el sistema entero de las fuerzas del principio vital.»

«No es fácil, sin duda, concebir la idea de una especie de fuerzas, que sean absolutamente *radicales* ó en *potencia*, con arreglo á las nociones mecánicas á que estamos acostumbrados.»

«Sin embargo, para que se adopte la referida distincion abstracta de las fuerzas de la vida en *activas* y *radicales*, que he sido el primero en proponer, haré notar, que indudablemente se la ha debido suponer en todos tiempos, aunque de una manera implícita y en extremo vaga, pues que siempre se ha dicho, que es muy útil distinguir la *opresion* de la *resolucion* de las fuerzas en medicina práctica.»

«No se puede tener una idea de esta última distincion, si no se supone de una manera cualquiera, en varios casos, en que se hallen las fuerzas *activas* extraordinariamente debilitadas, la existencia de fuerzas *radicales*, que estén, ó solamente *oprimidas* ó *debilitadas*, ó *destruidas*.»

«Las fuerzas *activas* de los órganos tienen su origen en las fuerzas *radicales*, cuya distribucion á cada órgano se determina ó por causas primordiales de naturaleza oculta, ó por causas que son extrañas al cuerpo viviente, y que le afectan, segun relaciones que solo se conocen por la observacion.»

«La energía primitiva de las fuerzas *radicales* es, sin duda alguna, diferente en cada individuo desde su nacimiento, y además, es susceptible de continuas variaciones de aumento y disminucion.»

